

ELVIRA

I. *Da pacem, Domine, in diebus nostris*¹.

*Εν λα κωλουμνα δηλ παβω, α λαζ νουεβη
Α. Μ., ελ δια κινθη δη αγωστο, δηντρο δη κινθη
ανιος.*

Νω φαλτες, αμωρ.

*E.*²

Cada vez más nervioso, con aquel hormigueo suyo en las vértebras, que amenaza con convertirse en verdadera angustia, y una fuerte opresión en el pecho, Demetrio sostiene aquella tarjeta, trémula entre sus dedos como hoja de olmo. Cobra fuerzas para mirar en el interior del sobre que la contenía, pero no haya nada más. Aquella extraña nota lo revierte a una época de su existencia que él suponía ya suficientemente amortizada. No contaba con regresar a San Esteban de Gormaz. *Creías que habías sepultado, en el vano tránsito de días y objetos, aquellos años dichosos, aunque ya podridos de dolor*, se dice Demetrio, *que ella se llevó todo aquello consigo a la sepultura, en aquel atroz cementerio*. Aferrado como puede a una lógica que, por primera vez en tanto tiempo, le rehúye la mirada, se resiste a creer en la realidad que tiene delante, la tangente que aquel espurio requerimiento está a punto de trazar en su vida, le guste o no. *A ver, reflexionemos: este extraño mensaje podría tratarse de una broma macabra, evidentemente, pero ¿quince años después...? Además, está escrito en castellano, aunque con caracteres griegos, aquel hermoso alfabeto con que Elvira gustaba de codificar sus intimidades. Tus ojos la han reconocido al instante, con el mismo tono y estilo que mostraba en todas sus notas, cuando te emplazaba, Demetrio, en aquel lugar solitario. Efectivamente, ella, en algún*

¹ *Da paz, Señor, en nuestros días.*

² *En la columna del pavo, a las nueve A.M., el día quince de agosto, dentro de quince años. No faltes, amor. E.*

momento, escribió esto para ti, pero ¿qué desconocidas manos lo han impulsado ahora?

Demetrio vuelve a leer las señas, puesto que no hay remite. *Pero observa bien esta otra letra, ya en alfabeto latino: no es de ella. Alguien, después de hallarlo revolviendo legajos, se ha tomado la molestia de enviarte esto con alguna intención probablemente obtusa. Vuelves a la primera explicación lógica: va a ser burla.* Por fin, se sienta. Las cavilaciones hacen vacilar su cabeza. *El día quince de agosto será dentro de un mes. Casualmente, esa semana no tienes ensayos con el coro. Si fuera broma, no ocurriría nada: un silencio, y basta, aunque te gustaría saber quién es el gracioso. Pero si no hubiera burla alguna... Habrá que ir, sin dudarlo. Deberías estar allí el día quince.* Demetrio deja la nota sobre la mesa del estudio, extraña sobre una partitura de *Da pacem, Domine* de Pärt, y se acerca a la ventana. Abre las dos hojas de par en par, de forma que un cálido aliento de verano vallisoletano irrumpe desalmado en la estancia. Respira aquella invasión de estío rabioso y los recuerdos, después de quince años, le hacen refluir hacia su adolescencia en San Esteban de Gormaz.

II. *Quia non est alius qui pugnet pro nobis*³.

Las nueve menos diez. Demetrio siempre solía llegar antes de hora. No podía evitarlo: *les encantaba ese lugar.* La iglesia de San Miguel, en aquella elevación del pueblo, colmaba con creces las aspiraciones de Elvira: *discreción y secreto*, decía ella. La mañana se ha levantado algo fresca y despejada de toda niebla. Pero no conviene engañarse: el día va a ser, con toda probabilidad, uno de esos pequeños infiernos que suelen calcinar Castilla durante el mes de agosto. Elvira y Demetrio siempre se citaban bajo el pórtico de la iglesia de San Miguel, junto a aquella columna de piedra en cuyo capitel un hábil artesano, probablemente el maestro Juliano, había tallado en relieve un curioso pavo real, de manera que a ella le bastaba con incluir en sus frecuentes misivas el sintagma “la columna del pavo”, o “bajo el pavo real” para que Demetrio aguardara clavado junto al vano de la entrada, como un relieve más.

³ *Porque no hay otro que luche por nosotros.*

-Mira que eres novelera.

-Lo escribo en griego para que nadie, salvo tú o yo, no pueda descifrarlo. Y si lo descifrara, ¿qué diablos podría adivinar?

-Pues eso, que eres muy novelera. Lo que tú haces no es escribir en griego, sino “con alfabeto griego”, igual que no es lo mismo una tormenta que un temporal. ¿De verdad crees que, en todo San Esteban, sólo tú y yo tenemos conocimiento de griego?

-¡Ay qué tonto eres! Dame un beso, anda –y Elvira entrecerraba sus ojos verdes como tardes de mayo.

Ella era más de San Miguel que de Santa María del Rivero. *En Santa María hay demasiada gente, mira lo que te digo, le decía. Pues eso de “demasiada gente” es mucho decir en este pueblo, hasta parece ciencia ficción,* podía aducir Demetrio, pero ella seguiría en sus trece: *Más gente mirando, quiero decir; además, San Miguel es más misteriosa, más... romántica, por supuesto.* Entonces a él no le quedaba otra que callar y sonreír, porque Elvira podía seguir barajando argumentos hasta que acabara la noche.

Demetrio se deja mecer en los recuerdos, con una punzada de dolor en el pecho, y un nudo en la sangre, que no fluye, o que pasa de largo por el borde de sus órganos, enfriando más que calentando. *Tal vez no fuera buena idea venir. El último recuerdo que tienes de Elvira va en un oscuro ataúd adentrándose por la puerta del cementerio. No quieras revivir todo aquello, Demetrio. Probablemente, no llevará a nada. Es mejor que vuelvas a Frankfurt, cuanto antes, y termines de resolver con decencia ese canon a cuatro voces de Arvo Pärt. Tu teutónico y rubicundo coro te lo agradecerá.* Demetrio intenta pensar en sus ocupaciones, allá en el corazón de Alemania, enredado en las partituras de Pärt, de Tavener y otros, construyendo un nuevo repertorio, a pesar del aparente desorden y despiste de los miembros del coro:

-Bitte, bitte –golpeando con la batuta en el viejo atril de chapa-. Damen, Herren: Von Anfang an, bitte⁴.

En este momento, saltaba una mezzo, precisamente la pelirroja hija menor del profesor Hans Schnitze, su mentor en las riberas del helado Main:

⁴ Por favor, por favor. Señoras, señores: desde el principio, por favor.

-Von welchem Punkt aus, *maestro*?⁵

-Fräulein Schnitze –desesperado, aunque con cierto cariño, bajando las manos ante la candorosa mirada de la chica-, von Anfang an, Ich sagte, wenn Sie...⁶ Bueno, ya no merece la pena –esto último en voz muy queda, desde luego.

Y se hacía el silencio, recuerda Demetrio, todos atentos a lo que él dictase, con lo que sus tibias reprimendas perdían todo valor y él regresaba a su labor con profesionalidad.

-*Da pacem*, etcétera.

En esto está cuando siente que viene alguien. Parece que el desenlace de sus tribulaciones es inminente.

La ha visto. De lejos, parece ella. *¡Vaya si es ella!* Los labios le tiemblan. *No puede ser, piensa, Elvira estaba... está...* Brotan gusanos, de diferentes tamaños, que le corren por dentro de las venas, desde los pies a la cabeza, conforme se acerca *esa persona*. Los cabellos de Elvira, oscuros, largos, ondulados, la delatan. Y los rasgos del rostro, quince años después, parecen haber acentuado su belleza tranquila y densa. *Los ojos, los ojos que te volvieron totalmente loco, ya están aquí, frente a tí, mirándote. Pero hay algo extraño: no sonrío.* Ella termina de subir los escalones que llevan al pórtico de San Miguel. Demetrio no aventura ni un parpadeo, tal es su marasmo. *Podría ser una aparición, provocada por mi neurastenia. ¡Oh, Dios, va a hablarme!*

-¡Hola Demetrio! Después de tanto tiempo, seguramente ya no te acordarás de mí.

Demetrio siente cómo se desvanece el paisaje tras ella. Cree que va a perder el sentido. Se apoya en la columna.

-Cuando Elvira... cuando te trasladaste a Valladolid con tus padres yo era una niña de diez años. ¿No te acuerdas de mí? Soy María, su hermana.

No estás. Demetrio, sino obsesionado con las heridas del pasado. Heridas, sí, y no cicatrices, porque te has molestado en abrirlas de vez en cuando, y echarles amarga la sal del tiempo. Demetrio siente un alivio momentáneo. Los colores vuelven a sus ojos, la sangre al cerebro, ya sin gusanos, y ahora se

⁵ *¿Desde qué punto, “maestro”?*

⁶ *Señorita Schnitze: desde el principio, iba diciendo, cuando usted...*

explica, con la lógica que el agustino Mendel divulgó en sus mejores días, la curiosa traslación de los rasgos físicos de Elvira a su hermana María. *No son más que células, degenerado, que, como es lógico, portan para cada hermana casi la misma conjunción de ácidos en sus secretos repliegues.*

-¿Cómo te va? He sabido que has llegado a ser un gran director de orquesta. Sales por la tele y todo eso.

-De coros. Después de acabar piano me especialicé en dirección de coros y dirijo uno en Frankfurt, Alemania. También doy clases de música allí.

-¡Qué lejos! Hace mucho frío en Alemania, ¿no?

-¡Oye, que somos de Soria! –se cuaja una hermosa sonrisa en el rostro de María.

-La verdad es que no puedo quejarme. Suelo venir a España. Varias veces al año, cuando el trabajo me lo permite, me escapo a Valladolid a visitar a la familia. Creo que me has pillado en una de esas, porque si no los compromisos se lo habrían tragado todo. Por cierto, ¿fuiste tú quien me envió el mensaje?

-Sí –María calla unos segundos, pero adivina en los labios de Demetrio una pregunta-. Te debo una explicación: poco antes de que a mi hermana le diese... le ocurriera... bueno, el último infarto, me dio unas instrucciones para darte un paquete después de su muerte. Me hizo jurar que lo cumpliría. Aquello, evidentemente, me revolvía el alma, y durante un tiempo lloré bastante. Ella tenía muy cierto que moriría pronto.

-Era inevitable: ya había sufrido otro infarto, y le diagnosticaron aquella primera lesión en el corazón, que era bastante grave. ¿Cómo no iba a sentir cerca su final, la pobre, si llevaba en la sangre una fecha de caducidad?

-Como todo el mundo, aunque la suya no dejaba de ser prematura –María tiene las pupilas tristes: da la impresión de que está a punto de llorar, pero se repone. Vuelve al tema anterior-. Después de su muerte, me pareció que debía cumplir aquel encargo a rajatabla, por extraño que fuera, como ella deseaba, aunque me pareciera cosa de chiquillos: después de quince años, había que localizarte y enviarte solamente la tarjeta que recibiste, escrita por ella misma. Luego, ya durante la cita tenía que darte esto. No sé lo que contiene. Nunca me he atrevido a abrirlo.

María alarga hacia Demetrio un paquetito envuelto en papel marrón algo arrugado y polvoriento, amarrado con un lacito rosa.

-El lazo tuve que ponérselo yo. Elvira me lo entregó mal envuelto en este papel. Ya sabes cómo era.

Demetrio no se atreve a coger el paquete. El horror le acude a las sienes y un escalofrío de penumbra va contando sus vértebras muy despacio. *Ahora es cuando estás asustado, Demetrio. Asustado de verdad. Seguro que se te nota el azogue.* Por fin, lo coge con una mano temblorosa, mientras María lo observa en silencio, muy circunspecta.

-Bueno, pues ya está. Encantada de verte de nuevo, aunque sea por estos tristes motivos. Tengo que irme. Si alguna vez necesitas algo de nosotros, ya sabes dónde encontrarnos –María ha cogido la mano derecha de él, que está helada como una lápida de panteón. Enseguida la suelta-. Pues que te aproveche. Adiós.

III. Nisi Tu, Deus Meus⁷.

María se aleja por la calle de San Miguel. Al doblar la primera esquina, termina de desaparecer. Demetrio se incorpora, ante la llegada de un grupo de turistas, despidiéndose de aquel pavo real esculpido en un capitel de San Miguel hace casi un milenio. *Con el último regalo de Elvira bien apretado en la mano, doliendo.* Desecha la idea de marcharse en este momento, de ir hasta su coche, que había estacionado junto al camino que bordea la torre de la iglesia. Prefiere pasear, a donde sus pies le lleven. En realidad, se resiste a abrir aquel paquetito. Una maraña de pensamientos le enreda la consciencia. Bajando, llega a La Rambla. *Donde ella vivía, ¿recuerdas?* No es así: ella vivía en todo San Esteban, sus emociones desbordaban el simple ámbito de una vivienda. Tenía el corazón demasiado grande. Demetrio no aguanta más, necesita saber lo que le quema en las manos. Decide regresar por el Paseo hacia el puente medieval.

Sentado en el pretil, sobre el Duero, desenvuelve el paquete con extrema delicadeza. Había sido envuelta una cajita de chapa, de color rosa pálido, o algo parecido. Demetrio suspira. *Estas cosas te superan, Herr Direktor. El aire te la devuelve en susurros.* No se atreve a abrir la caja, pero por fin, confortado en un

⁷ *Salvo Tú, Dios Nuestro.*

silencio repentino bajo los rumores del río, levanta la tapa, que no tiene cerradura, y encuentra un sobre cerrado. *Ábrelo cuanto antes, ¡ábrelo ya!* Efectivamente, como temía, en su interior hay una carta. De Elvira. Escrita en caracteres latinos. *Menos mal.* ¿Menos mal? En el código de Elvira, esto quería representar algo muy serio. Debajo del sobre hay otro objeto envuelto en lienzo arrugado y fino, papel de seda de color rojo. Con un hormigueo que le recorre las vértebras, escuchando el flujo de las aguas del río, confundido con los pálpitos de sus propias sienes, Demetrio lee:

“En San Esteban de Gormaz, a seis de marzo de dos mil tres.

“Mi querido, mi amado Demetrio, ya para siempre:

“No te equivocas: estás leyendo mi última carta, quince años después de haberla escrito, no sé cuántos después de mi muerte (¿o quizá debería llamarla desaparición? ¡Menudo eufemismo estúpido! Quince años después, ¿qué más dará?). Espero que hayas entendido, o al menos perdonado un poco, este procedimiento mío, lo de entregártelo después de tanto tiempo, a través de mi hermana María (¡Qué buena persona es, a pesar de su sequedad!) y con ese tremendo secretismo que me caracteriza y te exaspera. Perdóname.

“Espero que tu vida durante estos años haya transcurrido como tú querías, y que los días se te hayan completado con felicidad. Supongo que serás un pianista famoso, dando conciertos por todo el mundo, recibiendo aplausos y parabienes... Y que te hayas casado con una chica fantástica. Y tengas hijos. Hijas, mejor. Ahora vengo yo a estropearlo todo. Por esto también tienes que perdonarme. No me quito de la cabeza tus interpretaciones de los Nocturnos de Chopin (espero que, en el último momento, sonarán dentro de mí; eso me reconforta), pero, sinceramente, me gusta más Liszt. A ver si alguna vez me dedicas un disco de Liszt. Interpretado por ti, no faltaba más.

“Ya ves que tengo asumida mi sentencia desde hace tiempo. Y no me importa morir, porque este corazón mío, tan defectuoso, se ha tragado despacito diecisiete años de vida extraordinarios, mucho mejores que ochenta o noventa de otras personas. ¿He sido feliz? Lo que debería preguntarme es ¿he sido verdaderamente desdichada alguna vez? De mi felicidad tienes tú bastante responsabilidad, sin duda. Supongo que habrá quien, si conociera mi vida palmo

a palmo, me envidiaría por la inmensa suerte que he tenido. Sabes de lo que hablo.

“Pero volvamos a lo que nos trae, pues dispongo de poco tiempo. Quiero decir que ya viene la noche, y he quedado contigo. Bueno: con aquel que eras tú hace quince años. No conviene que os encontréis. Eso que hay dentro de la caja, envuelto en rojo, y que estás mirando ahora, es mi último regalo. Ábrelo, por favor.

Demetrio, con los ojos húmedos *-será por el rumor de este joven Duero, melancólico y machadiano-*, coge el objeto y lo desenvuelve. Se trata de un corazón de terracota, muy bien representado, pero no un corazón convencional, como el que pintan los adolescentes en los troncos de los árboles: es una buena reproducción del órgano cardíaco, en apariencia hueco, con su cava y su aorta, de las que surgen, a modo de filacterias, dos cintas de papel de color amarillo, escritas en mayúsculas. La emoción le duele a Demetrio, como si su propio corazón supiera de la existencia de ese otro hermano de cerámica, y brincara en el pecho para llegar a él. *Será mejor que termines de leer.*

“Lo que tienes en tus manos es mi corazón, ya sin fisuras (eso espero), que yo te regalo. ¿A que me ha resultado un trabajo bastante bueno? Fue algo complicado para mí, ya sabes, pero lo hice sin ayuda, cociéndolo en el horno que tiene mi tía en su casa. Las cintas están inscritas con las palabras más hermosas que me has dicho, y dan la vuelta a mi corazón continuamente, como si fueran sangre que me alimenta. De esta manera me he desquitado con el destino.

“Creo que te estoy complicando la vida un poco. Vuelvo a pedir tu perdón, pero comprende que tenía que hacer esto, y con una distancia de muchos años, para que no se perdiera. Si mereció la pena, te habrá llegado.

“Hasta siempre,
tu Elvira.”

Hecho con el barro de todos los corazones, de todos los latidos que enmudecieron antes que ella, mucho mejor que un beso, más pleno que un abrazo, este póstumo regalo, que llevará para siempre las huellas de sus dedos.

Elvira mía. Demetrio cierra la cajita con cuidado. Aspira el aire de agosto, no tan seco ahora, no tan castellano, espléndido en este rincón de Soria. Una extraña paz le invade, quemándole los ojos como un tizón encendido. Se incorpora. A un lado, el río Duero se aleja de San Esteban de Gormaz. Al otro, el imponente castillo, más que milenario, espera otro mediodía en sus piedras calcinadas por el sol.